

Las elecciones ya no son lo que eran

Ayer nos alertaba el siempre certero Andrea Rizzi sobre la posibilidad más que real de interferencia extranjera en los procesos electorales que penden sobre Europa en los próximos meses. Incluido el español, por supuesto, que es además el que abre el próximo ciclo electoral europeo. Es uno de los

signos más ostensibles de cómo el tumulto geopolítico está penetrando hasta en los más pequeños alveolos de las políticas nacionales. Pero también de cómo han cambiado las armas y estrategias que se utilizan en campaña. Antes era fácil seguirlas porque toda la fanfarria que siempre las acompañaba se escenificaba en los medios de comunicación tra-

dicionales. Resultaba más sencillo detectar qué funcionaba y qué no, y evaluar el rendimiento de los candidatos respectivos.

Pero los expertos sí saben cómo han de proceder. Se trata de pasar de una política ya de por sí movida, insomne y obsesionada por captar la atención a otra hiperventilada y con el ritmo de la confrontación desbocado. No

es de extrañar que una cuestión de fuerte carga emocional como el caso de Maricarmen fuera lo que propició la convocatoria. Hace años que sabemos que los afectos son uno de los principales motores de la atención y la movilización. Empatía e indignación, pero también odio y resentimiento. Cuanto más cargado el cóctel emocional y mejor se pueda dirigir contra el adversario tanto mayor será también la eficacia de los mensajes.

A lo que nunca podemos renunciar es a contrastar argumentos, esa forma de razonar tan ausente en el ciberespacio. Más

aún en unas elecciones generales donde lo esencial es el proyecto de país que nos presentan las principales fuerzas políticas. Y eso va desde la política de vivienda a todas las demás, pero también la consideración de los principales desafíos a los que hemos de hacer frente como nación y acabarán afectándonos a todos. Por ahora la conversación gira de forma predominante en torno a quién o quiénes acabarán siendo los vencedores y a cómo quedarán las listas electorales. Falta, sin embargo, concretar el qué: qué piensan hacer exactamente una vez en el poder.